

José Luis Rivas

Poesía de la evidencia

José María Espinasa

Han pasado ya casi veinticinco años de la luminosa aparición en 1982 de *Tierra nativa* el primer asombroso libro de un autor, José Luis Rivas, que se ha vuelto imprescindible en la poesía mexicana actual. *Tierra nativa* deslumbró entonces y lo sigue haciendo ahora, libro-insignia de una actitud que llamaría de la evidencia, de una lírica que ante todo nos dice: mira. Y que no se quiere otra cosa que gesto que señala, no por obligación sino por su evidencia, esa revelación que el lector mira / lee. Sin duda entonces, hace cinco lustros, se habló de su arquitectura, de su abundante contenido referencial, de su capacidad para la parodia, del humor, de la riqueza del lenguaje, y todo eso con el tiempo sigue estando presente en su escritura, ya liberada de la necesidad de asombrar y más comprometida con el asombro. Como suele suceder cuando se compara la foto del joven escritor con la de su madurez se nota que ha ganado peso, densidad, capacidad verbal, sin perder frescura, eso al menos se nota en sus dos más recientes libros: *Un navío un amor* y *Pájaros*.

En el primero el tema central es el amor, el deslumbramiento por la mujer. A diferencia de la celebración de la infancia erigida en lenguaje que encarna y hace transmisible el paisaje, el mundo, Rivas se enfrenta aquí a algo más sutil, en buena medida porque no se le mira retrospectivamente, no se le erige un templo sobre el pedestal de la nostalgia, se le tiene que dar un sentido de presente: ser niños lo fuimos alguna vez y más allá de celebrar, en un hoy, un aquí, el haberlo sido, como una manera de conservar aquella felicidad, enamorados no dejamos —no deberíamos dejar— de estarlo siempre. Pero, nuevamente, como en todos sus libros, Rivas no teoriza sobre el amor sino que nos dice: mira. Es decir, de alguna

manera a través de su riqueza léxica y su libre manejo de los ritmos, escenifica ese amor, revive en la página su existencia. Pero si de lo aquí dicho se entiende que se trata de una representación, sólo será cierto si se entiende esto —la representación— a la manera griega, atmósfera bajo cuyo palio se cobija al dar nombre —¡Helena!— a su amada.

La representación es una manera de presentar, la única inteligible, capaz de transmitir el misterio de la revelación. Muchas veces se ha dicho que Rivas, después de *Tierra nativa*, ha tendido, por un lado, a la repetición, y por otro, que nunca ha encontrado de nuevo ese grado de inspiración, pero creo que ambos juicios están errando el punto de vista. Es cierto que los temas y motivos son similares libro a libro —lo fluvial, lo arítmico, la infancia, la mujer, el paisaje de sol a sol— pero su tratamiento es diferente. Además de ganar peso léxico y metafórico, en sus libros hay siempre el desafío no de la originalidad sino de lo evidente: ante el vuelo de un pájaro o una puesta de sol cada hombre tiene la experiencia de una revelación, ¿cómo hacer que su carácter único (para quien lo vive) se vuelva único para todos, empezando por el que lo vive más allá del momento y circunstancia?

Hay un afán de preservación que no quiere aislar la experiencia en un laboratorio sino dejarla ocurrir en el lenguaje. Por eso cada texto suyo está hecho de paisajes, de momentos, de cualidades descritas como una celebración cantada. Muchos de sus poemas tienen esa condición de canción, por eso su intuición sintáctica va acompañada de un oído muy peculiar, de una inteligencia métrica, de una experiencia del hecho. Por eso Rivas no es un paisajista —pintor de lugares comunes— sino un poeta de la experiencia en el sentido más pleno (no el de

esas inútiles polémicas españolas), el que transforma la descripción de un hecho, para quien la lee, en el hecho mismo. Por eso, insisto, el poeta nos dice: mira.

Este sentido de representación indica una manera de leer sus libros, notablemente bien organizados, con un sentido narrativo que los recorre, una novela “puesta en verso” como se dice de algo que está puesto en escena. Y la noción de verso es notablemente flexible, pero nunca sin ritmo. La combinación de la prosa con el verso (medido) da una sensación de estar asistiendo a las escenas o pasajes de esa puesta en verso, de esa presentación ante el lector. Alguna vez, pensando en la imaginación verbal que se desplegaba en *Tierra nativa*, señalé que me gustaría ver mayor concentración en la imagen, más condensación. Ya Rivas nos había dado a sus lectores un libro perfecto en ese sentido: *Relámpago la muerte*, y en *Un navío un amor* combina ambos registros —el de la narración desplegada en el tiempo con el del instante ajeno al transcurso de apenas breves versos— de manera magistral y, además, se anima a mirarse desde ella, desde esa Helena que de pronto le arrebató la voz. De verdad se la arrebató, no es un juego ventrílocuo para asombrar al lector: la voz otra es más voz y más otra en la medida en que es de ella.

No se me olvida que, en efecto, a Rivas se le puede reprochar ser muy literario, que a veces parece exagerar en su retórica, pero, ¿de qué otra manera encontrar esos milagros expresivos en los que el dolor es pura felicidad expresiva? Y es que al fin y al cabo, y no lo ha ocultado nunca, su poesía tiene una vocación celebratoria, que convoca esa felicidad expresiva arriesgándose a que venga con ella algo que no necesariamente concuerda con su celebración. Por ejemplo, ese

ligero soplo de muerte que recorre las últimas páginas del libro. Uno se tendría que preguntar si responde a la novela del libro o a un sentido conjunto de todos sus libros. No es que la muerte como tal no esté presente en algunos —pocos— momentos de su obra, sino que la noción de morir le es ajena a sus personajes.

El recordar *Tierra nativa* al inicio de estas notas tenía como sentido establecer una secuencia entre aquél su primer libro y éste *Un navío un amor*. El segundo libro recién publicado es *Pájaros*, que representa un cambio bastante fuerte en el estilo de este autor. Lo curioso es que habría sido previsible que fuera una continuación en la que hiciera alarde de virtuosismo e imaginación verbal en el universo de las aves, de hecho la magnífica portada de *Un navío un amor*—basada en una foto de Graciela Iturbide— podría perfectamente haber servido para el segundo libro mencionado (en el cual, por cierto, la vistosa portada, tiene poco que ver con los textos). Pero no es así. Rivas propone ahora un registro en el que su oído y riqueza verbal se ponen al servicio de la cosa misma, en el mismo sentido que Francis Ponge le daba a ese estar del lado de las cosas. De hecho un epígrafe del autor de este escritor francés preside el libro.

Así, explotando a la vez el oído y la inteligencia—esta última había siempre guardado un papel de vigía, no era protagonista en sus libros— y utilizando un tono aforístico, semiensayístico, Rivas hace un libro totalmente distinto a sus numerosas obras anteriores. Es absurdo proponer un cambio radical de registro en un autor de una pieza, pero sí intriga el cambio tan evidente. Ahora él mira, ya no se ejerce sobre un paisaje, una playa, ni siquiera un ave en vuelo, sino sobre su sedimento en la inteligencia, en la mente que lo reformula. Aventuro hipótesis: en sus libros anteriores Rivas llegó a un dominio absoluto de su oficio e hizo poemas perfectos. Como todo buen poeta sabe que el poema perfecto es un mal poema y que tiene que ir en busca de otra cosa.

Que Rivas ejerciera su poder verbal sobre la página misma es algo que a algunos de sus lectores nos atraía, y nos ha dado gusto. La presencia de figuras tutelares en cierto momento de su escritura—Eliot, Perse, Walcott, Les Murray— parece ceder ahora



José Luis Rivas

el lugar a algo que, sin embargo, ya había apuntado desde hace años en su traducciones de Reverdy y Schehadé, y en la reciente (y magnífica) de John Donne, o en su frecuentación de pensadores aforísticos, como Cioran, o incluso de narradores con vocación fragmentaria, como Tournier. Por eso *Pájaros* me parece un libro extraordinario, que en cierta manera anuncia un nuevo poeta, una nueva “tierra nativa”, esta vez hecha de aire y levedad.

Su amplia cultura literaria se manifiesta aquí en constantes guiños a una manera de vivir lo literario, la literatura como vida. Al aumentar el tono referencial se despoja de lo literario por saturación. Es cierto que asume un tono menor con relación a sus ambiciosas representaciones, pero ese tono uno lo agradece, ya que la constante construcción y lectura de catedrales fatiga. Aquí se empieza de nuevo, se vuelve a dejar hablar a las cosas—los pájaros en este caso— desde sí mismos, pero también desde la idea de pájaro, desde el arquetipo esencial y no sólo desde sus encarnaciones concretas, y mucho menos desde sus manifestaciones decorativas.

En un determinado momento, una sola vez, y no puede haber sido un descuido en un poeta tan riguroso, Helena, la Helena de *Un navío un amor*, aparece en *Pájaros* para tender un puente entre ambos poemarios. El sentido marginal—de escolio— que algunos de los textos incluidos en el volumen proyectan a otro registro los textos, no abandonan su condición cantada, pero sí adquieren esa otra, sugerida por Ponge, figura tutelar en el libro, en la que el objeto

del poema impregna la palabra, se deja fecundar por él y deviene un verdadero nombrar. Pensar desde dentro del lenguaje, el poema es una condición de modernidad que a veces estaba ausente en otros libros de Rivas. Hay quien prefiere esa ausencia pero yo, aquí, no hago sino constatar el cambio.

Como consecuencia de ese cambio la escritura gana en velocidad, tiene algo de vuelo sincopado, pero—y soy consciente de la paradoja— no pierde morosidad, simplemente no tiene esa delectación por el léxico, es decir, nombra más directamente. Antes de abrir el libro un lector de Rivas podría suponer un tratado de ornitología puesto en verso, y no, sin desaparecer del todo, el nominalismo pajarero está poco presente, no hay ni vocación de manual zoológico ni detallismo folclórico ni retahílas de diccionario. Sólo, insisto, *Relámpago la muerte*, es un libro tan felizmente cantarín y juguetón como el de *Pájaros*.

Ya para terminar esta nota quisiera mencionar lo siguiente: la poesía mexicana y en especial la de escritores de la edad de Rivas, han mostrado una fuerte presencia de la poesía de Saint-John Perse y en especial de *Pájaros*. Elsa Cross escribió un notable poema, *Urracas*, y Jorge Esquinca, otro, *Paradas*, y Alberto Blanco un libro del mismo nombre que el que aquí comentamos. Los menciono de memoria y sin buscar ser exhaustivo, pero me parece sintomático y de esa necesidad del vuelo que tiene una lírica tradicionalmente terrestre, pesada. En el diálogo con otros poemas *Pájaros* apunta hacia una ligereza ya conquistada. **U**